

Notas sobre la época en que vivió Luis Barahona de Soto

MIGUEL MOLINA RABASCO

La vida de Barahona de Soto (1547-1595) transcurre en una de las épocas más complejas, por diversas causas, de nuestra historia. Felipe II comienza su reinado en un extenso imperio en el que, según frase tópica, no se ponía el sol. Pero el monarca recibe una herencia larvada: la hacienda real está agotada, en franca quiebra; sólo los intereses absorbian todas las rentas fijas de la corona. Y los demás recursos disponibles eran insuficientes para pagar suministros de proveedores y las deudas contratadas con prestamistas, especialmente alemanes, genoveses y flamencos, a cuyas manos iban a parar las riquezas que aflúan de las Indias. La situación era tan grave, que incluso se llegan a vender los cargos públicos, con lo que se fomentaba la corrupción de forma sistemática.

La presión para conseguir un constante incremento de medios económicos, los privilegios de los altos estamentos, el elevado número de clérigos, la poco evolucionada industria—sin duda por causa de la rigidez de los gremios—, el escaso rendimiento de la agricultura, los cuantiosos gastos de la presencia española en el exterior, hacían que los precios crecieran de forma desorbitada; fenómeno éste al que no era ajena la inflación derivada de la excesiva acuñación de moneda de cobre.

Medio rural
El medio rural se quedó casi sin gente, al tiempo que tienen lugar movimientos migratorios hacia América, que ofrece expectativas de enriquecimiento rápido, o en dirección a los grandes núcleos urbanos, donde los que llegan engrosan una población marginal, sin ocupación ni beneficios.

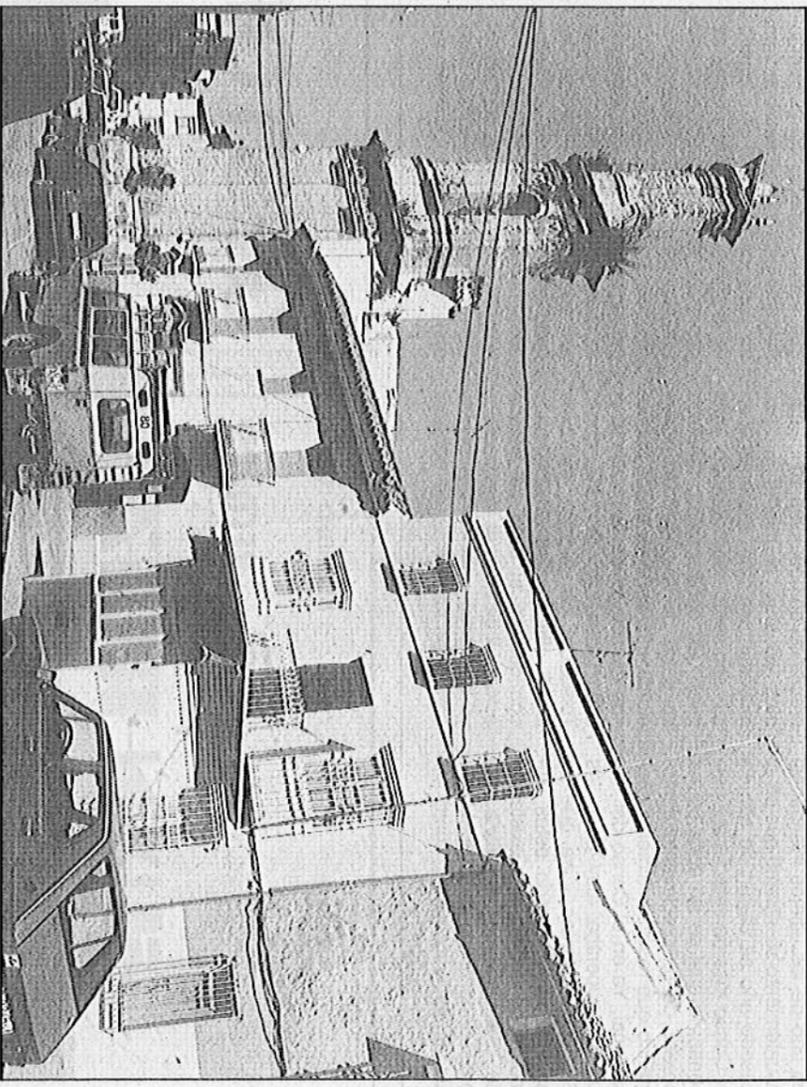
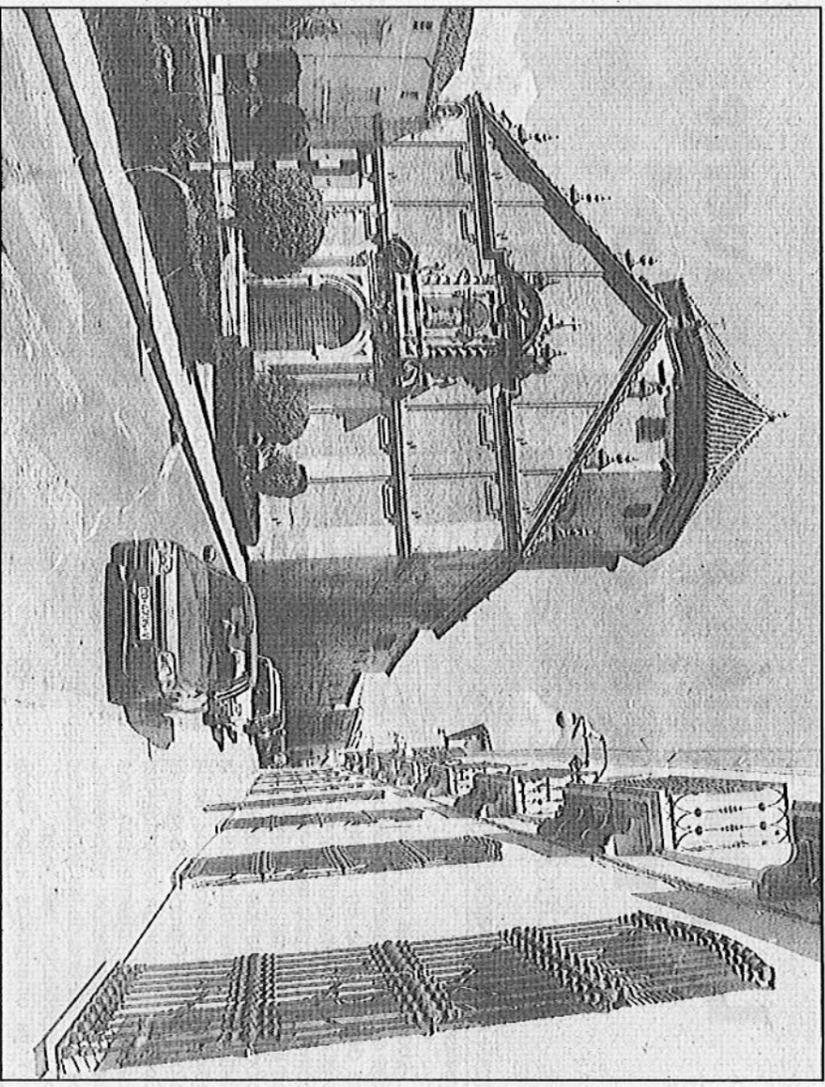
Que había conciencia de las dificultades lo demuestra la proliferación de "arbitristas", satirizados en diversas obras de nuestros clásicos. Algunos, sin embargo, realizaron estudios serios (Luis Ortiz, en 1558 y Fray T. de Mercado, en 1587) y propusieron medidas que, de haberse aplica-

do, hubieran aliviado o cambiado el desaroso panorama. Como se ha dicho, la corte y ciudades importantes reciben una gran masa, con predominio de empujados campesinos; a la búsqueda de acomodo.

Pero entre ese aluvión migratorio figura, o suge de él, una clase variopinta muy peculiar, formada por picaros, truhanes, soldados de fortuna, matones, mendigos, ladrones, prostitutas, alcahuetes, etc., que vienen a sumarse al ya formidable número de gente de este jaez existente en las urbes. Puede dar idea de su volumen el dato siguiente: en la cárcel de Sevilla, por aquel entonces, existían más de 1.500 reclusos.

Este colectivo tan singular, magistralmente retratado por nuestros mejores escritores (Delicado, M. Alemán, Cervantes, Quevedo) se asocia en una especie de gremios o hermandades, que fijan códigos y normas de conducta, para protección y mayor beneficio de sus "lucrativas" actividades.

El cuadro descrito viene a confirmar, conectado con cuanto acontece en nuestros días, el adagio latino de que "nada hay nuevo bajo el sol", y nos muestra una sociedad que se aproximaba al desperdadero por el que había de precipitarse, en inevitable decadencia. Pero si en el aspecto social contemplado el país caminaba hacia abajo, en el cultural, por el contrario, el auge es impresionante. En algún momento de la vida de Barahona de Soto coexisten con él figuras tan relevantes como Herrera, López de Vega, Gongora, Fray Luis de León, Santa Teresa, Juan de Yepes..., con los que la poesía alcanza alturas estéticas y emotivas jamás antes soñadas, ni superadas después, hasta casi convertir el lenguaje en expresión angelical, con la humildad y estremecida palabra de San Juan de la Cruz...; figuras cimieras—muchos de ellos poetas también—como Vicente Espinel, el Inca Garcilaso, Ercilla, Fray Luis de Granada, Mariana Y, sobre todo, Cervantes, al que sin duda trató Luis Barahona.



La Lucena monumental que aún pervive de aquella época.

SANCHEZ MORENO

El contacto entre ambos bien pudo ocurrir en alguno de los viajes de aquel por tierras andaluzas, en el enojoso y desagradable trabajo de requisar artilugiamiento para el ejército, ofreciendo como pago la sola promesa de unas indemnizaciones que, con harta frecuencia, no llegaban. Será, precisamente Cervantes, quien deje constancia elogiosa de la calidad poética de Barahona de Soto. La vida de nuestro poeta —breve incluso para aquel tiem-

El Santísimo Cristo del Silencio

FRANCISCO LOPEZ SALAMANCA

cuando aparecen alusiones a este Santísimo Cristo en los libros de actos de la Santa Caridad. Algo después se colocó presidiendo el retablo mayor de la capilla.

Conviene indicar que los cofrades de la Caridad, entre otras muchas e importantes funciones de carácter asistencial, tenían la obligación de asistir a los reos de muerte en capilla, acompañarlos al patibulo y, tras conseguir la autorización de la autoridad competente, recoger el cadáver para velarlo en la iglesia de su hospital

Y enterrarlo. Asimismo pedían limosna, antes y después de la ejecución, con el objeto de sufragar las misas por el alma del condenado. A tal fin, vestidos con túnica, encapuchados, haciendo sonar la campanilla y portando una capacha, solicitaban por las calles: "Una limosna por el alma de aquel a quien van a ajusticiar".

Y lo terrible era que, siendo Lucena,—como lo ha sido siempre,—el pueblo más importante después de Córdoba, aquí se tratan a ejecutar a los condenados

de muchos pueblos circunvecinos, acto que de manera pública se llevaba a cabo en el Coso, con asistencia de autoridades civiles, militares y eclesísticas y pueblo llano en general.

Qué duda cabe que tan bárbaro procedimiento judicial debía ser poco educativo y servía mal de escarmiento o como acto disuasivo posterior se detecta una disminución de los delitos y por extensión, un descenso de condenados. No obstante, todos ellos continuaron siendo piadosamente depositados por la Santa Caridad, a los pies de esta imagen del Cristo del Silencio, representación de Aquel, también muerto en el patibulo, llamado Jesús de Nazareno.

SEGUN mi personal criterio, no hay en toda la imaginaria pasional lucentina un crucificado que exprese mejor la muerte que el Cristo denominado hoy de la Misericordia, mas popularmente del Silencio, y antiguamente de los Desamparados.

Clavado en una negra cruz plana, nos conmueve este Jesús muerto, con la cabeza caída hacia adelante, la barba apoyada sobre el pecho. Este Cristo en el que la muerte ha dejado tanta dolorosa serenidad, cuya pálida y livida policromía, impresiona y mueve a devoción, llegó a la Parroquia de la Capilla del Hospitalico, situada en la Plaza de Aguilár, allá por el año 1933, con motivo de la celebración del décimonoveno